





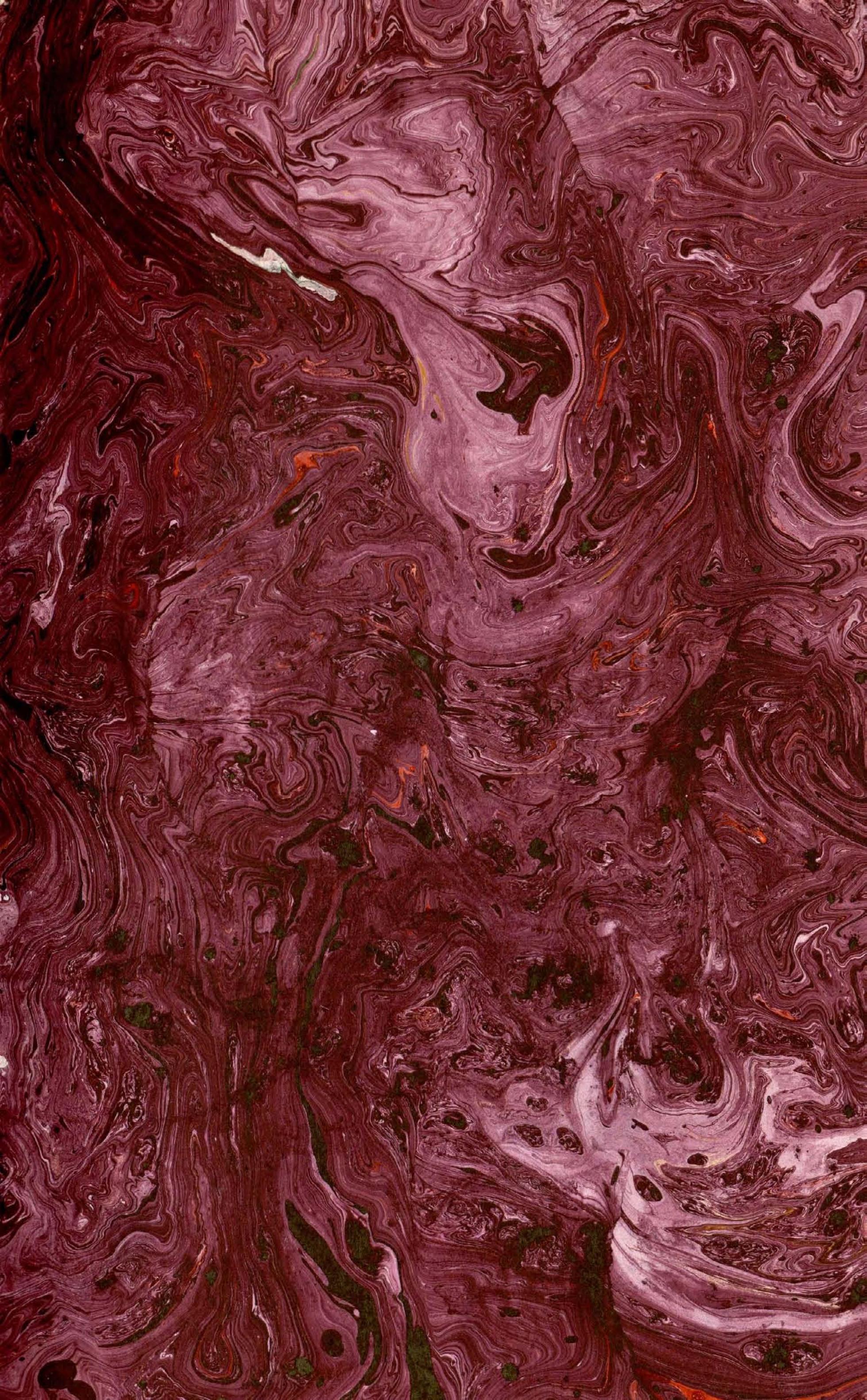
LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF
TORONTO

LA BIBLIOTHÈQUE
DE LA RAJA











J. E. H. C-1

CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

DON JOSE GARCIA DE SOLIS.

LA LEY DE RAZA.

8 RS.

N.º 180.

MADRID:

Libreria de la Viuda é hijos
de D. José Cuesta,
Carretas, n.º 9.

Libreria de Moya y Plaza,
sucesores de Matute,
Carretas, n.º 8.

SALAMANCA: IMP. DE ATIENZA, RUA, 45.

CATALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.

El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.

El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira menos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Corte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
Lo cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Ricehlieu.
Déudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.

LA LEY DE RAZA,

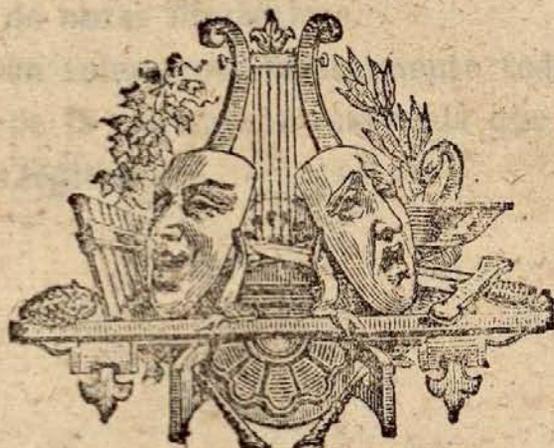
R
28555

Drama en tres actos en verso

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

COM



N.º 180.

SALAMANCA:

IMPRENTA DE JOSE ATIENZA, RUA, 45.

1864.



LA LEY DE BAZA

Disputa en tres tomos en 1830

1830

DE

JOHN HANFORD THOMPSON



30

ALAMANA

DE JOSE ALONSO

1864



Esta obra es propiedad de DON JOSÉ GARCIA DE SOLIS, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1859, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.**ACTORES.**

HERIBERTA (1)* . . .	DOÑA TEODORA LAMADRID.
GOSVINDA.	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
FULGENCIO.	DON JOAQUIN ARJONA.
RECESVINTO.	DON MANUEL OSSORIO.
BERTINALDO.	DON ENRIQUE ARJONA.
EGILAN.	DON FERNANDO OSSORIO.
GUNDEMARO.	DON ANTONIO BERMONET.

GODOS, ESPAÑOLES, SOLDADOS, ESCLAVOS, ESCLAVAS.

La escena es en Toledo, año de Cristo 653 (2).

* Las notas correspondientes á este y los demas números encerrados entre paréntesis, se hallan al fin del drama.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Gobernador de Toledo. Dos puertas, una á cada lado; una mesa con libros, pergaminos sueltos y papiros, y una urna de suertes.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO, GUNDEMARO.

GUND. Entrad. Mi señor, el Conde gobernador de Toledo, manda que esperéis aquí, mientras vuelve del entierro de su hermana la princesa, que está por vos en el cielo.

FULG. Aquí esperaré.

GUND. Vos fuisteis esta vez único médico de la difunta: la ley oscoge de medio á medio.

FULG. Sábía ley! seguramente digna de los que la hicieron.

GUND. La prudencia la dictó.

FULG. No, la ignorancia y el miedo.

GUND. Siendo los conquistadores de España los godos, siendo

vosotros los españoles
los vencidos, ¿fuera bueno
fiar la salud y vida
nuestra del capricho vuestro?
No sin razón en sus códigos
nuestros reyes escribieron:
«Si hace el médico sangría, (3)
y muere el paciente luego,
quede el médico al arbitrio
de los parientes del muerto.»
—Sangrásteis á la princesa;
murió: bajo este supuesto,
su hija y su hermano tienen
justo, innegable derecho
sobre vos de vida y muerte,
pena y gracia.

FULG. No lo niego.
Los godos se han figurado
que dar salud á un enfermo
es oficio humilde, propio
tan solamente de hebreos
ó de esclavos, y nos tratan
como tales.

GOND. Muy bien hecho:
no merece más estima
nacion de tan poco aliento
que se deja dominar
de todos cuantos quisieron
tomarse el fácil trabajo,
de echarle una argolla al cuello.
Fenicios, cartagineses,
romanos, cuantos han puesto
los piés en España, en ella
se os han quedado por dueños.
Con lanza no hicieras mucho;
con lanceta hay que temeros.—
Por eso tambien están
vedados los casamientos
entre godo y española
y español y goda.

FULG. Inmenso
Dios, ¿cuando acaba tan duro
y afrentoso cautiverio?

GOND. Cautiverio? ¿No quereis

que haya nobles y plebeyos?
Cautiverio! Pues contad
vos con otro más estrecho.
Como alcaide de la torre,
ducho en el oficio, entiendo
algo de causas, y opino
que, á buen librar en el pleito,
no escapais de ser esclavo.

FULG.
GUND.

Esclavo!
Si han de venderos,
yo os compro: suele ocurrir
más de una vez que tenemos
que dar á algun delincuente
de elevado nacimiento
una pócima que le haga
ir sin ruido al cementerio;
y en la ciudad imperial
de España, no hay carcelero
ni verdugo que en un lance
igual sirvan de provecho.
Vos ya sabréis...

FULG.

Gundemaro,
por favor...

GUND.

Creed, Fulgencio,
que haré buen amo: aunque soy
ostrogodo, soy biznieto
del rey Téudis.

FULG.

¿Y servís
al Conde?

GUND.

Qué extraño es eso?
La corona es electiva:
muerto un rey, elige el reino
otro, y sus familias quedan
como ántes del nombramiento
del agraciado. Ya van
algunos introduciendo
la costumbre de que al padre
siga el hijo, con asenso
de la nación; Recesvinto
está nombrado heredero
de Quindasvinto, (4) y por él
rige el timon del gobierno;
mas como no tuvo tanta
fortuna mi bisabuelo,

yo en vez de su vara de oro,
solo empuño mi llavero.
Y por Dios que no me aflige
mi suerte: peligra ménos
un alcaide que un monarca!
No han fallecido en su lecho
muchos reyes visigodos:
nunca habeis sido modelos
de lealtad.

FULG.

GUND.

Es de valientes
el pecar algo de inquietos.
Ahora mismo un conde, un tal
Froya, con un buen ejército
de vascones y franceses
proclama en el Pirineo
la rebelion, y anteayer
prendimos aquí un mancebo
noble, emisario del dicho,
que iba ganándole adeptos;
pero descubierta ya
la trama, no hará progresos.
Hoy morirá ese muchacho;
los reyes vendrán corriendo
aquí desde San Roman
de Hornisga, adonde se fueron
para la consagracion
de aquel edificio nuevo;
fundacion suya; y juntando
golpe de gente, daremos
al Conde rebelde un susto,
colgándole de un madero.

FULG.

GUND.

¿Quién es ese jóven, cómplice
de Froya?
Lotario, deudo
próximo suyo. Ayl ahora
que le he nombrado, recuerdo
que me pidió esta mañana
el pobre con mucho empeño...
Voy á decírselo al Conde.
Por orden suya os encierro.
(Váse y cierra.)

ESCENA II.

FULGENCIO.

Esclavo á mi edad! Bien hizo
Dios en llamar á su seno
á mi esposa y á mi hija
sin este dolor acerbo.

Yo solo padeceré.

Con todo, no desmayemos:

la hermosa Heriberta, hija

de la princesa es espejo

de virtud; y si su tío

el Conde juzga severo

mi causa, ella interpondrá

por mi su piadoso ruego,

que es órden casi; Heriberta

dará la mano, en volviendo

nuestro anciano rey, al príncipe

Recesvinto, rey electo.

Dignísima soberana

será del gótico imperio.

Abren.

(Abrese la puerta que está á la derecha del espectador, y sale Heriberta con precaucion, trayendo una carta y una llave en la mano.)

ESCENA III.

HERIBERTA.—FULGENCIO.

FULG.

Ella es!

HERIB.

Di con vos

al fin.

FULG.

Me andabais buscando?

HERIB.

En vos estuve pensando
toda la noche de Dios.

FULG.

Oh! cuánta bondad!

HERIB.

Si corre

peligro la vida vuestra,
con esta llave maestra
podeis huir de la torre.

Por vos al Gobernador
hablé; no me ha respondido
palabra, y aquí he venido...
á que me hagais un favor.

FULG. ¡Ojala me fuera dado
serviros cual corresponde!

HERIB. Desde esta mañana el Conde
me deja sin un criado.

FULG. Por qué de vos los aparta?

HERIB. Por que quiere que me fie
de los suyos, y no envíe
hoy al Principe esta carta

FULG. Yo la llevo: dadme...

HERIB. Vais

á oirla; que es importante,
y os sorprenderá bastante
lo que dice.

FULG. Ya tardais.

HERIB. (Lee.)

«Al inclito príncipe godo Recesvinto, rey futuro
de España, su sierva fidelísima.»

FULG. Sierva!

HERIB. Lo vais á entender.

(Lee.)

«Cuando partiste á San Roman con tu padre el
rey, nonagenario y achacoso, temias volver sola
á Toledo; volvereis felizmente los dos, y me ha-
llaréis huérfana. Ayer falleció la princesa Be-
rengarda, á quien tuve por madre, y al morir
me declaró que no soy su hija.»

FULG. Señora, no os engañais?

HERIB. Ay! no. Oid.

(Lee)

«La declaracion fué hecha delante del conde
Bertinaldo y su hija Gosvinda. La moribunda Be-
rengarda confesó que hallándose lejos de su es-
poso el príncipe Radimiro, dió á luz una niña
que murió poco despues, no de enfermedad, si-
no por un descuido inexcusable de la misma
princesa. Teniendo el terrible enojo de Radimi-
ro, sustituyó la malograda criatura con otra que
acababa de quedar sin padre ni madre, españo-
les ambos: la supuesta hija fui yo. La ley de ra-
za, ley primordial del reino, prohíbe que se ca-

se godo con española, prohibicion que en vano pretendiste abolir en el postrer concilio: toda la nobleza gótica, acaudillada por el duque Egilan, te negó su voto. Nuestro concertado enlace ya es imposible; nuestra separacion precisa y urgente: señala un retiro donde viva léjos de tí la española Heriberia.»

FULG.

Vos que brillais en la cumbre del poder, en virtud esclarecida, en gracias única y sola, ¿sois de la raza española por los godos abatida, por esos conquistadores bárbaros vil declarada, con ignominia alejada siempre de cargos y honores?

HERIB.

FULG.

Igual vuestra soy. Señora, qué region os vió nacer? quiénes os dieron el ser?

HERIB.

Imposible es por ahora satisfaceros: la misma Berengarda no logró saberlo, y hoy que faltó, más el secreto se abisma. Recibióme de un viajero, que movido á caridad, me trajo de una ciudad sita en la márgen del Duero.

FULG.

HERIB.

FULG.

Cuál? Numancia por ventura?

La princesa no lo supo.

Allí perecer le cupo á la infeliz hermosura

de cuyos labios oí el dulce nombre de esposo; tambien allí el fruto hermoso de sus entrañas perdí.

HERIB.

FULG.

Esposo fuísteis y padre? Al ser padre, hube de hacer un viaje, y hallé al volver sepultadas hija y madre.

HERIB.

FULG.

Triste suerte!

Sí, en verdad,

suerte fué bien lastimera;
la infeliz niña viniera
hoy á tener vuestra edad.
Mas cómo de vos me olvido?
Perdonad mis digresiones;
dadme vuestras instrucciones
para el príncipe querido,
que la raza indo-germana
feroz, que nos dominó,
juntar piadoso intentó
con la española-romana.
Lo que principió imparcial
como hábil hombre de estado,
conclúyalo interesado,
á fuer de amante leal.

HERIB.

No son tales pensamientos
los que mostrar me compete;
le encargaréis que respete
la ley de los casamientos;
otras puede reformar
que, de menor trascendencia,
ponen á valor y ciencia
vergonzoso valladar.
No se tiranice y bese
más al español honrado,
forzándole á ser soldado
y estorbándole ser jefe. (5)
No más la legal dureza
vicie el arte de curar;
pueda el médico sangrar
sin que arriesgue la cabeza.
Quite el Príncipe advertido
leyes que ordenan horrores,
mengua de los vencedores
y tormento del vencido.
Si esto Recesvinto hiciere,
solo con que se proponga
conseguirnoslo, disgonga
de mi segun le cumpliere.
Señora...

FULG.

HERIB.

Fué en el abril
plancentero de mi vida
por el rey Tulga pedida
mi mano casi infantil: re

mis padres se la ofrecieron,
 la muerte se la quitó,
 con pena la daba yo,
 con ira me lo riñeron:
 Recesvinto, á la sazón
 sin el real poderío,
 dominaba mi albedrío,
 rey era en mi corazón.
 Tuvo Tulga que dejar
 el cetro mal de su grado,
 y el padre de mi adorado
 fué elegido en su lugar;
 y en época posterior
 nombró al hijo el reino entero,
 de su padre compañero,
 conreynante y sucesor.
 De su aclamacion al grito
 vertí llanto de placer;
 mi amor no pudo crecer,
 porque ántes era infinito.
 Si Recesvinto, sus fueros
 guardando á mi suerte esquivá,
 de otro vinculo se priva,
 fiel á sus votos primeros;
 aunque en triste soledad
 viva y muera de él lejána,
 felicidad mas que humana
 será mi felicidad.
 Si dispone de su fé,
 porque otra en su pecho mande,
 mi dolor será muy grande;
 mas yo lo soportaré,
 y firme se me verá,
 combatiendo con mi suerte,
 amarla en vida y en muerte,
 y aun si puede mas allá.
 Esto al Príncipe decid,
 esto no más.

FULG.

Ruido siento.

Idos pronto, idos.

HERIB.

Me ausento;

pero volveré.

FULG.

Salid.

(Abre Fulgencio con la llave maestra la puerta del lado derecho, y vase Heriberta.)

ESCENA IV.

BERTINALDO. GUNDEMARO.—FULGENCIO.

BERTIN. (A Fulgencio.)
Habréis esperado mucho;
mas para juzgaros, quiero
que os oiga el duque Egilan,
y aun no ha venido: al momento
que llégue, se os llamará;
mientras viene, distraeos
los dos en la galería
próxima.

GUND. Os obedecemos.
(Vánse Fulgencio y Gundemaro.)

ESCENA V.

GOSVINDA.—BERTINALDO.

GOSVIN. Padre, ya despedí á todos
los criados que sirvieron
á Heriberta.

BERTIN. Encarga mucho
que la vigilen los nuevos.
Évita que por ahora
cunda ese descubrimiento,

GOSVIN. Por qué?

BERTIN. Despues lo sabrás.
Qué hace Heriberta?

GOSVIN. Hace... esfuerzos
para mostrarnos que sufre
con valor su abatimiento.

BERTIN. Grande ha sido su caída.

GOSVIN. Mayor fué su orgullo.

BERTIN. Pero
harto lo espia.

GOSVIN. La hermosa
dama, de florido ingenio,
sol refulgente de España,
justa envidia de su sexo,
la que intenta Recesvinto

llevar al tálamo regio,
pérfidamente injuriando
mayores merecimientos,
¡nacer de sangre villana,
cual flor que brotó del cieno!
¡Bien me ha vengado la suerte
del que, voluble y soberbio,
en ella puso el amor
que yo merecí primero!

BERTIN. La venganza verdadera
será conquistar su puesto.
Clava los ojos en él.

GOSVIN. Yo te allanaré el sendero.
Gosvinda le correrá
con esplendor. Ya no tengo
rival que temer: la tuve,
la odiaba; la compadezco.
¡Española quien se estaba
reina de los godos viendo!
Fábula desde hoy será
de grandes y de pequeños:
guarecerla deberé
del general menosprecio.
Sobre su cabeza humilde,
velada en lino modesto,
mi mano pondrá la mitra
de abadesa de un convento.

BERTIN. Ya está aquí Egilan: retiratē.

GOSVIN. (Aparte.) Ella el báculo, yo el cetro.
(Váse.)

ESCENA VI.

EGILAN.—BERTINALDO.

EGILAN. Léjos de Toledo habito;
por la distancia he tardado.

BERTIN. Duque amigo, te he llamado
porque de ti necesito.

EGILAN. Ya me tienes á tu lado.
Tu carta me sorprendió
más que puedo encarecer.

BERTIN. Por hombres de gran valer

España nos designó.

¿Qué es lo que nos toca hacer en ocasion tan funesta?

EGILAN. Pensar y obrar sin demora, Conde.

BERTIN. La cuestion es esta.

Nuestro rey futuro adora en mi sobrina supuesta.

EGILAN. Ella es española.

BERTIN. Tilde

que sobra para estorbar, en el órden regular,

que aun el godo más humilde lleve á Heriberta al altar.

EGILAN. La ley que hasta aquí rigió,

dice: «Quien godo nació, con goda, segun su clase, ó vándala ó sueva case; mas con española no.»

BERTIN. Y bien ¿se someterá

el príncipe Recesvinto á esa ley?

EGILAN. Dos veces ya,

desde que reinando está con su padre Quindasvinto, dejarla quiso abolida.

BERTIN. En siendo por él sabida

la confesion de mi hermana (y esperó de hoy á mañana de hijo y padre la venida);

gozoso de una ocasion, que disculpa en cierto modo

la intentada abolicion, deroga sin remision

la ley que ennoblece al godo:

la mano á Heriberta da; y el día que sustituya

al Rey, que no tardará, una española será

mi soberana y la tuya. Oh! pues yo tengo jurado

EGILAN. desde el concilio pasado

no sufrir legislador, no sufre que meado

que alce al pueblo conquistado

igual al conquistador.

El vencido, que soporte,
su yugo, baja la frente:
por qué no fué más valiente?

BERTIN. La raza oriental del norte
juega con las de occidente,

EGILAN. Si ese terrible decreto
á darse llegara al calor;
mañana quizás un nieto
mio se viera sujeto

al hijo de un casi esclavo.
Semejantes exenciones
no se adquieren con renglones
de tinta; cuestan más caras:

dén cosecha estas regiones
de Viriatos y Megaras.

¿Qué hazañas han merecido
que saquemos de villanos

á los que tanto lo han sido,
que se les llama *romanos*,

porque hasta el nombre han perdido?
No será, no. Decision,

Bertinaldo.

BERTIN. La tendremos,

EGILAN. Dí tu opinion.

EGILAN. Es preciso que estorbemos
á toda costa esa union.

BERTIN. Y... cómo?

EGILAN. Es fuerza ocultar

á esa mujer en lugar

seguro, cual se requiere,

para que mientras viviere,

nadie la pueda encontrar.

BERTIN. Mal proyecto. Duque, ¿Donde

sin peligro se la encierra?

Quién de su guarda responde?

Tesoro tal no se esconde

bien, ni aun debajo de tierra.

EGILAN. Pero el Príncipe vendrá,

y Heriberta le hablará

con tierna solicitud.

BERTIN. Caiga ella en un ataud,

y no solicitará.

EGILAN. Juzgo que no hay precision

- BERTIN. de que tan allá vayamos. Pues con determinacion de otra especie, no afianzamos la suerte de la nacion.
- EGILAN. Tiene muy negro matiz eso, Conde.
- BERTIN. Qué delirio! Ella ha de ser infeliz: abreviemos su martirio, y se le escusa un desliz al Principe.
- EGILAN. Cuál?
- BERTIN. Si echamos del mundo á esa desgraciada, sin esperar la llegada de su amante, y ocultamos que fuese española, nada á Recesvinto exacerba contra la ley, y la ley sigue.
- EGILAN. En verdad, sangre sierva.
- BERTIN. Donde el hacha no reserva ni aun la garganta del rey...
- EGILAN. Poco supone.
- BERTIN. Y el mal que ha de traer es enorme.
- EGILAN. La defensa es natural.
- BERTIN. Pues muera, si estás conforme, con un veneno.
- EGILAN. Si tal.
- BERTIN. Se dirá que sucumbió á un accidente violento, y habrá quien jure que vio sin peligro el intento.
- EGILAN. Con esclavos se probó siempre cuanto se queria.
- BERTIN. Eso ha de ser. Todavía me falta el veneno.
- EGILAN. Quién nos le proporcionaria?
- BERTIN. Servirnos pudiera bien Fulgencio: yo de contado para ponerle en apuro.

encarcelarle he mandado,
y teme un castigo duro;

EGILAN. Por qué?

BERTIN. Por haber sangrado

con desacierto fatal

á Berengarda, lo cual

me le entrega á discrecion,

conforme á la ley penal

de su triste profesion.

EGILAN. Háblale.

BERTIN. Ambos le hablaremos

(Llamando.)

Gundemaro.

EGILAN. No debemos

decir para qué persona

el ósigo proporcional.

BERTIN. En su lugar nombraremos

á Lotario. Oyeme y calla,

y estarás pronto de acuerdo

conmigo.

ESCENA VII.

GUNDEMARO —EGILAN. BERTINALDO.

GUND. Señor...

BERTIN. Que venga

ese hombre.

GUND. (A Fulgencio.)

Pasad adentro.

BERTIN. Vos salid.

(Váse el alcaide y sale el médico.)

ESCENA VIII.

FULGENCIO.—EGILAN. BERTINALDO.

BERTIN. (A Fulgencio.)

Bien supondréis

la causa por que estais preso.

FULG. Conde Bertinaldo, si.

BERTIN. Dispone el ordenamiento

sobre los físicos

No

FULG.

BERTIN.

EGILAN.

teneis que buscar el texto:
de memoria me le sé
desde que el monarca nuestro
mandó que las leyes godas
rigiesen á entrambos pueblos,
en lugar de las romanas
que entre nosotros rigieron.
Muerta Berengarda, yo
de sus parientes dependo:
concedor de la ley,
á su rigor me someto.

EGILAN. Alma de noble mostráis.

BERTIN. Abogo por este viejo.

BERTIN. Es delincuente: he sabido
que hace larguísimo tiempo
que no asiste á nadie, y debe
creerse con fundamento
que, sin práctica segura,
se me presentó ofreciendo
curar á mi hermana, solo
por la codicia del premio
que prometí, la alquería
de más valor que poseo.

EGILAN. Qué respondeis?

FULG.

Que es verdad.

Desde que nos impusieron
la dura ley visigoda,
ley que hunde en el vilipendio
la dignidad del saber,
emanación del Eterno,
juré no asir en mi vida
el brazo calenturiento
de hombre nacido á la sombra
del solio de Recaredo.

Muerta mi esposa, y con ella
mi hija, presa del fuego
mi pobre hogar, años y años
devorando mi despecho,
¿qué necesitaba yo
de la ciencia que profeso?
He tenido tantas veces
en las manos un veneno!

BERTIN. Cómo?

EGILAN.

Sabeis?...

FULG.

A Dios gracias,

supe tener sufrimiento.

Me hóspedaron algun día

vuestros piadosos renteros,

y el favor pagarles quise

con la granja de su arriendo.

Solo codiciaba yo

que me llevase uno de ellos

á los campos de Numancia,

para saludar muriendo

los escombros de mi albergue,

de mi consorte los restos.

EGILAN.

Bertinaldo, este español,

por sus nobles sentimientos,

merece, en ley de equidad,

indulgencia con sus yerros.

BERTIN.

En vez de imponerle pena

mayor, le desterraremos

á los campos de Numancia,

ya que suspira por verlos.

FULG.

Patria mia!

BERTIN.

Pero es fuerza

que por tan dulce destierro

nos muestre su gratitud.

EGILAN.

Justo es,

FULG.

Mi vida os ofrezco.

BERTIN.

Bien. El conde Froya trae

á los vascones revueltos;

Lotario, cómplice suyo,

está convicto, confeso

y sentenciado, y conviene

mucho que muera en secreto,

De un tósigo hablasteis: uno

para Lotario queremos.

FULG.

Es justa su muerte?

BERTIN.

Ahí

en la mesa está el proceso:

podeis enteraros.

EGILAN.

No

debeis abrigar recelo.

BERTIN.

Se quiere que no padezca

rubor ni dolor el reo.

FULG.

Me lo jurais?

BERTIN.

Por mi nombre.

EGILAN. Por mi fé.
 FULG. Pues dándoos crédito,
 y descargando en vosotros
 de la accion integro el peso
 registrad la arquita donde
 traje los medicamentos,
 y un pergamino hallaréis
 en una caja de hierro.
 Aquel pergamino es obra (6)
 de un hábil fisico griego,
 por quien en Numancia fué
 de orden superior compuesto;
 y depositado en mí,
 cuidadoso le conservo.
 Los caracteres en él
 trazados, que son muy gruesos
 (pues el que los escribió
 debió formarlos á tiento),
 con un tósigo impregnados
 están, el más pronto y recio
 que hay. Al desarrollarle,
 pone el roce en movimiento,
 la sustancia letal fija
 en las letras, despidiendo
 un como vapor sutil
 el pergamino funesto;
 y al aproximarle al rostro
 como es natural hacerlo,
 para verle, mata en una
 sola inspiracion de aliento.

EGILAN. Tan pronto?
 FULG. Es un rayo.
 BERTIN. ¿Deja
 señales?
 FULG. Ninguna.
 BERTIN. ¿Hay riesgo
 en desarrollarle?
 FULG. No,
 como se le tenga lejos
 de la boca y la nariz;
 respirando sus infectos
 efluvios, cierta es la muerte.
 Por un descuido ligero
 del mismo que le compuso,

trastornósele el cerebro,
y murió loco.

EGILAN.

Y el arca
dónde está?

FULG.

Queda en mi encierro.

EGILAN.

Abierta?

FULG.

Puesta dejé

la llave.

BERTIN.

Duque, busquemos
ese rollo. Vos quedad,
y si aun dudais, convenceos
viendo la causa.

EGILAN.

(Ap. al Conde.) Que ahora
no éntre nadie.

BERTIN.

(Ap. á Egilan.) Cerraremos;
allí tú, yo aquí.

EGILAN.

Bien.

BERTIN.

Vamos

pues á probar los efectos
del pergamino en Lotario.

EGILAN.

Sí.

(Váse cada uno por su lado, y cierran.)

ESCENA IX.

FULGENCIO.

Se hablaban con misterio.
Me habrán engañado? Público
es lo del levantamiento
de los vascones. Véamos
si resulta verdadero
el delito de Lotario.
(Llégase á la mesa y examina un papiro; un papel.)
El lo confiesa:—Yo tiemblo,
á pesar de todo. Alguno
más va á morir sin remedio
con ese escrito.
(Llaman á la derecha.)

Quién es?

ESCENA X.

HERIBERTA.—FULGENCIO.

- HERIB. (Dentro.)
Abrid.
(Abre Fulgencio con la llave maestra y sale Heriberta.)
Informada estoy
de que debe llegar hoy
el Príncipe: dadme pues
la carta.
- FULG. Tomadla.
- HERIB. ¿Os han
juzgado?
- FULG. Se me confina
en mi patria.
- HERIB. ¡Peregrina
clemencia! Sali de afan.
- FULG. Y á mí un recelo me acosa
cuando mi riesgo fenece.
¿Creeréis que me parece
esta piedad sospechosa?
- HERIB. Cómo?
- FULG. Con ingratitud
procedo, y me lo acrimino;
pero me saca de tino
cierta invencible inquietud.
Vos, sobre quien el amargo
cáliz la suerte derrama,
vos, nada temeis?
- HERIB. Me ama
el Príncipe.
- FULG. Sin embargo,
oid, oid los acentos
de mi fé, de mi experiencia.
Señora, la Providencia
nos da los presentimientos;
y al quedar mi vida inmune,
brotó en mí la inspiracion
de que hoy en este salon
Dios por algo nos reune.
Por algo vos hoy en mí
secretos depositais,

por algo sobresaltáis
mi pecho desde que os ví.
Yo no sé lo que se trata;
pero al Conde le he fiado
cierto escrito envenenado,
el cual, leyéndole, mata.
Que mata, decís?

HERIB.

FULG.

Oh! si,

con rapidez inaudita
ó quita la vida, ó quita
el uso del juicio: así
obrad con detenimiento:
sabed por lo que pudiera
suceder, que tiene afuera
título de testamento.

Con verdad ó con tramoya,
el Conde me le ha pedido
para que muera sin ruido
un reo, secuaz de Froya.

HERIB.

Condenado á muerte yace
preso el infeliz Lotario,
que es de Froya partidario;
pero mi vida ¿á quién hace
daño? á quién estorba?

FULG.

Jóven

hay á quien la envidia encóna:
si os quitaren la corona,
que sin la vida os la roben.

HERIB.

Corona! Mano clemente
la alzó sobre mi cabeza;
otra mano con fiera
me la arrancó de la frente.
Ella se llevó espantados
mis sueños de amor tan bellos,
ella dejó mis cabellos
por el hierro amenazados.
Ya por mi dicha futura
fingiendo sinceros votos,
me hablan de vínculos rotos,
de soledad y clausura.
De si me arroja el recinto
que tembló bajo mi pié.
Recesvinto! ¿Qué seré
de hoy más para Recesvinto?



FULG. Vienen: debéis retiraros.
Pronto.
HERIB. Adios.
FULG. Adios quedad.
El aviso recordad
sobre el veneno.
(Váse Heriberta.)

ESCENA XI.

BERTINALDO. SOLDADOS GODOS.—FULGENCIO.

BERTIN. Llevaros
debe el decurion Arnesto:
id pues con él.
FULG. Permitid...
El pergamino... Partid.
BERTIN. Me importa...
FULG. (Al decurion.)
BERTIN. Alejadle presto.
(Los soldados se llevan á Fulgencio.)
Debe de todas maneras
lo que suceda ignorar
por que es fácil sospechar...

ESCENA XII.

EGILAN, con un rollo de pergamino en la mano.—BERTINALDO.

EGILAN. Lotario acabó.
BERTIN. De veras
quedó sin vida?
EGILAN. No hizo
más que lo que viste. Inerte
como la piedra. Es la muerte
misma ese infernal hechizo,
(Pónele en la mesa.)
BERTIN. Conocida su eficacia,
y estando para llegar
los reyes, hay que atajar
nuestra inminente desgracia.

Tú no querrás comisión
tan odiosa.

EGILAN. Es muy sencillo
que repugnen á un caudillo
comisiones de sayon.

BERTIN. Pero este negocio, ves
que por su misma entidad
pide mancomunidad
completa, y no es para tres.

EGILAN. Confiésolo francamente.

BERTIN. Sorteemos.

EGILAN. Aceptado.

BERTIN. El que saque negro el dado,
hará el funesto presente.

EGILAN. Bien.

BERTIN. Urna hay aquí.
(Lléganse á la mesa.)
Menea.

(Egilan sacude la urna y la abre ó destapa.)

EGILAN. Saca.

BERTIN. (Sacando un dado.)
Marfil me tocó.

EGILAN. (Sacando otro dado.)
Azabache.

BERTIN. (Ap. Me sirvió
el acaso.)
(Coge el rollo y se le da á Egilan.)
Ten. Que lea.
Te la enviaré.
(Vase.)

ESCENA XIII.

EGILAN.
Cruelmente
resolvi sin vacilar;
y ahora tiemblo de atentar
contra esa pobre inocente.
Pero si vivé, consiento
el mal que nos amenaza:
primero es la ley de raza
que una española ni ciento,

Su amante nuestro perjuicio
quiere: esto me justifica.
El es quien la sacrifica,
y á él le salva el sacrificio.

ESCENA XIV.

HERIBERTA.—EGILAN.

HERIB. A vos, Duque, me dirigen:
dadme pues conocimiento
de no sé que documento
donde se explica mi origen.

EGILAN. (Le dá el pergamino.)
Leed.

HERIB. (Tomándole)
Etais conmovido.

EGILAN. Tal vez.

HERIB. Mi suerte os dá pena?
Yo la soporto serena,
miradme.

EGILAN. Señora, os pido
que no me habéis ni mireis,
ni pretendais que se os mire...

HERIB. Bien.

EGILAN. Y ántes que me retire,
leed.

HERIB. ¡Qué ceño poneis,
Egilan! (Ap. Entro en cuidado.)

Y qué es este pergamino?

EGILAN. Señora, vuestro destino,
que no es muy afortunado.
Leed.

HERIB. Concibo la idea
de que no ha de ser noticia
la que halle, tan impropicia,
cuando me instais á que lea.

EGILAN. Insto.....

HERIB. (Ap. mirando el rolo por fuera.)

Qué es lo que reparo?
Testamento! ¿Dice aquí
testamento?

EGILAN. No advertí...

- HERIB. Sí. *Testamento...* muy claro.
Claro me vá pareciendo
ahora.—¿Quereis hacerme
el obsequio de leerme
esto, Duque?
- EGILAN. Yo?
- HERIB. Comprendo.
- EGILAN. Qué?
- HERIB. Qué este escrito, al revés
de lo que era de esperar,
á vos os debe dañar,
y á mí no.
- EGILAN. Sí.
- HERIB. Cierto. ¿Y es
aquí vuestra compañía
necesaria á la lectura?
- EGILAN. Oh! no. Os dejo. (*Ap.* ¡Qué tortura
padecí!)
(En el momento en que Egilan vuelve la espalda, He-
riberta desarrolla con ruido el pergamino, evitando
verle.)
- HERIB. Virgen María!
- Ah!
(Cae en el suelo: al oír la exclamacion de Heriberta,
vuelve Egilan.)
- EGILAN. Cayó. Desarrolló
el escrito, y por su mano
cumplió el decreto inhumano.
(Llamando.)
Conde!

ESCENA XV.

BERTINALDO.—EGILAN. HERIBERTA, inmóvil en el suelo.

- BERTIN. Qué hay?
- EGILAN. Mira.
- BERTIN. Ah! Leyó!
(Recoge y guarda el pergamino.)
Hola! (Llama.)
- EGILAN. Infeliz!
- BERTIN. Hola!

ESCENA XVI

GOSVINDA. ESCLAVAS. ESCLAVOS.—Dichos.

BERTIN. (A su hija.)

Ven.

(A las esclavas.)

Llegad: un fiero accidente

la acometió de repente:

llevadla donde le den

auxilios.

(Las esclavas levantan á Heriberta;)

Ay Dios!

HERIB.

EGILAN.

Respira!

BERTIN.

(Fuera de si mirando atónito al Conde.)

Qué hubo aquí?

HERIB.

(Con voz sorda.)

Maldad!... engaño!

GOSVIN.

Qué ha sido esto?

HERIB.

Ya... no hay daño.

GOSVIN.

Pero qué fué?

HERIB.

Qué delira

mi pobre madre... que niega

lo que sabeis que es verdad!

No la creais, no! Callad!

ESCENA XVII

GUDEMARO.—Dichos.

GUND. Señor, el Príncipe llega.

BERTIN. El Príncipe ya en mi casa!

(Hace que se va.)

HERIB. Aguardad.

(Detiene al Conde.)

EGILAN. (Ap.)

Si el maleficio

le habrá trastornado el juicio?

BERTIN. (A Gosvinda.)

Vé y cuéntale lo que pasa;

prevenle.

(Váse Gosvinda. Heriberta, teniendo asido al Conde,

eoge con la otra mano á Gundemaro, y le dirige las expresiones que debía dirigir al Conde.)

HERIB.

(A Gundemaro.)

Viejo taimado,
pariente infernal, confiesa
y jura... que soy princesa:
respetá mi principado.

GUND.

Ved...

HERIB.

Esa voz de agonía
que te dió gozo feroz,
la has de olvidar: esa voz
ó deliraba ó mentía.

(Suelta á Bertinaldo.)

GUND.

Pero...

(Heriberta lleva á Gundemaro delante de una ventana.)

HERIB.

Allí, tras la montaña,

negro vapor aglomera
el cierzo, que á la lumbrera
del día la luz empaña.

Mas el viento es cambiadizo:
paró; y el turbion que nace...
se deshace... se deshace...
se deshace... se deshizo!

(Dirigese al Conde y al Duque.)

De un sepulcro alzarse veis
nube que á mi frente sube:
rayos lanzará la nube,
si no la desvanecéis.

GUND.

(A los esclavos.)

Qué es esto?

BERTIN.

(Ap. á Egilan.)

Lo que al autor
del veneno le sucede.

EGILAN.

(Ap. á Bertinaldo.)

En no casándose, puede
vivir.

ESCENA XVIII.

RECESVINTO. GOSVINDA. GODOS.—HERIBERTA. EGILAN. BERTINALDO, GUNDEMARO. ESCLAVAS. ESCLAVOS.

BERTIN.

Príncipe y señor!

- GUND. Qué infortunio presenciais!
RECESV. Apartad; hablarla quiero.—
Heriberta. . .
- HERIB. Caballero...
RECESV. Soy Recesvinto.
HERIB. Seais.
No sois más?
GOSVIN. Tu amante.
HERIB. Amante...
amante. . Oh dulce sonido!
RECESV. Pero qué le ha sucedido?
HERIB. Mil cosas en un instante.
Sobresaltos y sonrojos
y peligros y caídas.
Viboras pisé dormidas...
embistiéronme á los ojos.
RECESV. Cómo?
HERIB. La viuda á quien diste
un abrazo en esta sala,
de pronto se paso mala:
de verla, me puse triste.
Vinieron á casa ¡tantos
hombres de alta dignidad!...
Su Divina Majestad
y la Virgen y los Santos...
Pero ay! entre hachas de luz
tendida la vimos yerta,
de áspero sayal cubierta,
las manos juntas en cruz.
¡Cuán poco duran los bienes
del mundo! Quién lo diría?
El pecho se me partía,
se me saltában las sienes.
Otra más, otra dolencia
me iba royendo cruel:
su nombre es como la hiel
de amargo: se llama *ausencia*.
Ojos, manos y clamores
alcé á la esfera azulada;
cubriómela una bandada
de buitres devoradores.
Una bóveda movable
era de alas, garras, picos...
Graznaban grandes y chicos;

ACTO SEGUNDO.

Salon del pretorio, ó palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA.

HERIBERTA, con el cabello corto, y vestida con un saco de penitente. GOSVINDA con traje rico.

HERIB. Ah, ja, ja, ja! Qué alegría!

GOSVIN. (Aparte)
Qué rabia!

HERIB. Ha sido chistosa
la escena; yo, por la gracia
que tengo, divinatoria,
lo preví. Doliente el Rey,
¡al Príncipe se le antoja
llamarnos á su pretorio?
No volveré pesarosa.
Aun es el Príncipe mio.

GOSVIN. (Aparte.)
Que ha de humillarme una local.

HERIB. Pero ¡qué airado se puso,
cuando me vió motilona!
Qué ojos te echó! Te quedaste
mas pálida que una momia.

GOSVIN. Tu confesor y tu médico
lo mandaron.

HERIB. Te equivocas.
Mios no son; de tu padre
sí, pues viven á su costa,
y le sirven... y á ti.

GOSVIN. Crees?...

HERIB. Creo en la Iglesia católica,
mandamientos y oraciones
y obras de misericordia.

GOSVIN. Pero tú...

HERIB. Ya dije al Príncipe:

«Mi prima no es envidiosa:
hecha una vision me trae;
sin embargo, no supongas
que es por destucirme: yo,
aunque me vista de diosa...
valgo mas que ella.»

GOSVIN. Atrevida!

HERIB. Pues si es la verdad. Quien toma
la cara que le dan, y,
sin verla, se la coloca
encima, no tiene culpa
si es fea, ni si es hermosa.
Y si me valiese de algo
la mia... Pero ¡se portan!
conmigo de una manera!...
Me escarnecen, me desmochan,
me jarocean, me encajan
un sayo de hilaza tosca,
me llevan de templo en templo,
me santiguan y me hisopan...
A qué?

GOSVIN. A volverte cual ántes,
en tu juicio.

HERIB. ¡Meritoria
idea! ¡Como ántes fué
mi vida tan deliciosa!

Los ojos siempre en el suelo,
siempre un candado en la boca...

Vaya! ¿Quién chista delante
de esas benditas matronas
de Toledo, que de todo
parlan, y todo lo ignoran?

Viva me hubieran comido,
si imprudente ó vanidosa
hubiese dejado alguna
vez traslucir ni una coma
de la instruccion que me dió
mi esclava griega Heliadora.

Porque yo me sé los cuatro
evangelios de memoria,
y he estudiado á Ciceron,
y he leído las historias
de Tito Livio y Procopio,
y deliro con las obras
del genio que inmortaliza
los campos que fueron Troya.

GOSVIN.

Eh!...

HERIB.

Ménin acide, Zea....

GOSVIN.

Basta ya.

HERIB.

Y escribo coplas.

Un himno á la Virgen hiel!...

Pues ¿y mi sátira contra
los novios?

GOSVIN.

¿No hay uno bueno

para tí?

HERIB.

Pregunta impropia!

Siendo loca una mujer.

qué falta le hace ser novia?

Me lo habrás tú dicho mil

veces, y me quedo corta.

GOSVIN.

Tienes razon.

HERIB.

El casarse

se queda para vosotras,

las que no entendeis la lengua

de Homero ni de Mahoma.

Por eso, para ocultar

la desnudez vergonzosa

del espíritu, cubris

el cuerpo de seda y joyas.

A propósito, primita

- del alma, por qué me robas?
- GOSVIN. Cómo?
- HERIB. Ese collar es mio.
- GOSVIN. Tuyo?
- HERIB. De Constantinopla mandó que se le trajeran el rey tulga que esté en gloria, y me le regaló... y estas manillas. . y esa aureola. (7)
- GOSVIN. (Ap. Y no me advierte mi padre!..) Tú te engañas.
- HERIB. Soy yo tonta? Sabiendo griego, ¿no quieres que mis alhajas conozca? Pero esas bien poco valen; mira...esta sí que es preciosa. (Señala un anillo que lleva) Un corazon de diamante, que me dió el Principe: goza las demás: esta no es facil, que en el dedo te la pongas.
- GOSVIN. Heriberta!...
- HERIB. ¿Qué te da, prima?
- GOSVIN. Tú de mí te mofas?
- HERIB. Tal vez.
- GOSVIN. Sabes tú quien eres?
- HERIB. Todos princesa me nombran; lo puedes tú desmentir?
- GOSVIN. (Aparte.) ¡Oh precisión rigorosa de callar!

ESCENA II.

BERTINALDO.—HERIBERTA. GOSVINDA.

- BERTIN. Qué pasa?
- HERIB. Es vuestra Gosvinda que se sofoca, y por que os hacen tutor mio, la echa de tutora.
- BERTIN. (Ap. á su hija. Disimula,) No-haya mas!

- HERIB. Abrazaos.
Cara fosca,
ven acá.
- GOSTIN. (Aparte.)
Me abraso en ira.
- HERIB. Tu padre, ni aun cuando aborrecas
sin razon á un infeliz,
sale de su calma heroica:
aprende de él.
- BERTIN. En efecto,
no obstante que me ocasiona
grave daño lo que hiciste
días ha, mi bondadosa
condicion, sin reparar
en nada, te lo perdona.
- HERIB. Perdonar! ¿Que habeis tenido
vos que perdonarme?
- BERTIN. Rotas
mis arcas lo están diciendo.
- HERIB. Les entraba la carcoma
ya: cogí un hacha... zis, zás,
plum!...—Pero ¡buena limosna
dí con el oro que hallé!
- BERTIN. No es el oro lo que importa;
guardaba yo allí escrituras
sobre negocios de monta,
y las quemaste, segun
dijiste.
- HERIB. Ah! sí.
- BERTIN. Reflexiona
un poco, Heriberta: ¿fueron
todas abrasadas?
- HERIB. Todas...
- BERTIN. No; reservé un pergamino.
- HERIB. Cuál?
- HERIB. Uno con letras gordas
por defuera.
- BERTIN. Qué decian?
- HERIB. Testamento.
- BERTIN. (Aparte.)
El es.
- HERIB. Curiosa
de verle. ¿le apartéis luego,
ni aun le miré.

- BERTIN. Y le ¿custodias?...
HERIB. Sí.
BERTIN. Dónde?
HERIB. En sitio seguro,
en una caja redonda.
BERTIN. En qué sitio?
HERIB. Está en la caja...
con las dulces prendas solas
de que soy en mi orfandad
legítima posesora.
GOSVIN. Qué prendas?
HERIB. Cartas.
GOSVIN. De amor?
HERIB. Son del Príncipe.
BERTIN. Bien, cosa
justa es que las guardes; pero
hay precision perentoria
de que me devuelvas ese
pergamino.
HERIB. Yo estoy pronta...
con tal que discurra dónde
le puse.
BERTIN. Cómo!
HERIB. Se embrolla
mi razon: ya no me acuerdo.
GOSVIN. Esfuérzate.
BERTIN. Prueba...
HERIB. Ociosa
fatiga: no puede ser.
Voz que recorre estas bóvedas,
me susurra: «Cuando el Príncipe
te interrogue, no respondas;
calla y espera.» Vosotros
no sois para mi personas
tan queridas: debo andar
con vosotros cautelosa,
GOSVIN. Nada alcanzais.
BERTIN. (Aparte)
Observándola,
descubriré...
HERIB. Me acongoja
el temor de que ha de ser
mi franqueza pernicioso
fatal al Príncipe.

- BERTIN. Oh! no
lo creas.
- HERIB. Ay! En Vasconia,
fuera de Vasconia ya,
suena la bélica trompa;
soldados por todas partes
en Toledo se amontonan;
Recesvinto va á salir
con ellos á Zaragoza;
el Rey enfermo peligra;
voces oigo misteriosas
allá en el palacio nuestro,
y caras miro traidoras.
Mi amor, que observa con susto
las nubes que el cielo entoldan,
calla y la tormenta aguarda
que viene rugiendo sorda.
- GOSVIN. Qué tormenta?
- BERTIN. Qué has oído?
- HERIB. Que los godos se alborotan
porque, á las nuevas legiones
que, de españoles se forman,
el Príncipe quiere dar
jefes de la raza propia
de ellos, españoles.
- BERTIN. Es
innovación peligrosa.
- GOSVIN. Antinacional.
- BERTIN. Nó sufre
la raza conquistadora
que le amengüen privilegios
que le dan provecho y honra.
- HERIB. Y hace bien. El godo, cuando
Marte su pendon tremola,
quita al español sus hijos,
los arma de espada y cota,
y acaudillándolos él,
á la muerte los arroja.
Le suelen ellos ganar
el triunfo, y el se le apropia;
pero esa es la ley, y cuanto
en contrario se disponga,
es injusto: no lo hará
el Príncipe, si es que adopta

mi opinion. Voy al jardin
del Rey....

(A Gosvinda.)

Te traeré una rosa...
amarilla... como tú. (Vase.)

ESCENA III.

BERTINALDO. GOSVINDA.

GOSVIN. Padre, esta locura...

BERTIN. ¿Tornas
á sospechar que es fingida?

GOSVIN. ¿Qué causa hay satisfactoria
para imaginarla cierta?

BERTIN. Qué causa? Las hay de sobra.
(Ap. No sabe lo del escrito
de la letra venenosa.)

GOSVIN. Esto de no recordar
ni una vez que es española,
á grave sospecha mueve.

BERTIN. Circunstancia provechosa,
que debemos bendecir,
pues, cierta ó fingida, apoya
nuestros proyectos. Conviene
que el Principe no conozca
el tal secreto, sin que antes
ciña tu sien la corona.

GOSVIN. Recesvinto no me ama,
ni me amará nunca; me odia,
y yo le aborrezco ya.

BERTIN. Iras de mujer celosa,
que debe lanzar del pecho
quien la diadema ambiciona.
Mal se ganan voluntades
con frente ceñuda y torva,
muéstrate amante, y verás
que ser bien pagada lograrás.
Al Principe en este punto
propone Egilan tus bodas.

GOSVIN. Las rehusará, le tiene
ciego mi competidora;
triunfará de mí.

BERTIN. ¿Ha de ser una demente su esposa?
Fia en mí y en Egilan:
toda la nobleza gótica
quiere la union que prepara
mi diestra fuerte y mañosa,
y pronto el regío dosel
dará á tu cabeza sombra.

GOSVIN. Pronto decis?

BERTIN. Y si no,

Toledo se insurrecciona...
y tu rival... á mi cargo
queda.

GOSVIN. Os oigo con zozobra,
padre.

BERTIN. Quidasvinto hará
que el Príncipe reconozca
lo que el bien del reino exige,
y el suyo propio.

ESCENA IV.

HERIBERTA, con un ramo de flores.—BERTINALDO, GOSVINDA

HERIB. Señora
prima, flores traigo aquí
de vario color y aroma:
para ti las que no tienen
espinas, las punzadoras
para mí.

GOSVIN. Gracias.

HERIB. (A Bertinaldo.)

Por vos
pregunta en la extancia próxima
vuestro alcaide.

BERTIN. Gudemato?

HERIB. Pues: viene con una tropa
de médicos rebuscades
con celeridad pasmosa
por él y otros, en ciudades
inmediatas y remotas.

GOSVIN. El príncipe lo mandó.

BERTIN. Hijo amoroso, convoca

sabios, que á su padre asistan
en su dolencia penosa.

HERIB. Fulgencio le dió en Numancia
una epístola amatoria
para mi: vedla y dejadme la
despues: que estoy deseosa
de saber qué dice.

BERTIN. Ven
con nosotros.

HERIB. Quiere ahora
hablarme el Principe.

GOSVIN. Vamos
de aquí, padre. (Ap. Me devoran
los celos.)

BERTIN. Te enviaré
esa carta sin demora.
(Vánse padre é hija.)

ESCENA V.

HERIBERTA.

Todo su palacio el Conde
vá á registrar, para ver
si halla el ponzoñoso escrito
de que yo me apoderé.
Conviene que me le guarde
en este pretorio el Rey,
á quien leal descubí
mi fingida insensatez.
El manda que lleve aun
la máscara que tomé:
con su hijo, con mi amante
me obliga á fingir tambien,
hasta que pasen los riesgos
que nos cercan en tropel.
Si hoy sabe quién soy el Principe,
hoy rompe la odiosa ley;
en el trono me coloca,
y enciende guerra cruel,
guerra en que fin espantoso
nos amenaza á los tres.
Por mucho ménos ya se alzan

los godos contra mi bien:
velar por su vida y gloria,
salvársela es mi deber.
Triunfe del Conde rebelde,
por que ha de triunfar, lo sé;
caerá mi disfraz entonces
á vista de su laurel,
y podrá el Príncipe al reino
su voluntad imponer.

ESCENA VI.

RECESVINTO. HERIBERTA.

RECESV. Yo no sé, prenda mia,
si en la memoria tienes
el azaroso dia
que á esta ciudad volví.
Despues de ausencia triste,
verte medió mas pena:
tú me desconociste,
yo no te conocí.
«Haz (dije) manifiesta
la causa de tu daño.»
Saqué de tu respuesta
pesar y confusion.
Males sin fin sospecho,
y hablarte determino,
bajo el seguro techo
de esta real mansion.
Ella con paz te brinda;
no hay quien tu voz espie;
léjos está Gosvinda
y el Conde y Egilan.
Aviva de tu mente
las fuerzas lastimadas,
y haz la ocasion patente
de tan cruel desman.
Que yo, por mas que vea
tu frente sin su ornato,
y que tu cuerpo afea
vil sayo de capuz,
nunca, de ningún modo

me allano á persuadirme
que la razon, del todo
te retiró su luz.

Detras de la apariencia,
descúbrese á mis ojos
mano de atroz violencia,
que fiera te amagó.

Silencio inoportuno
es el que guardas tanto:
dí si te ofende alguno,
dí si te ofendo yo.

HERIB. Quejas me das amantes,
quejas que son mi gozo;
me ves lo mismo que ántes,
cuando tan otra estoy.
Oh! gratitud inmensa,
Príncipe, te dedico.

RECESV. Mi bien!

HERIB. Tú hacerme ofensa!
Yo quien te ofende soy.

RECESV. En qué?

HERIB. No acibaremos
este momento dulce;
pesares olvidemos,
y no preguntes más.
Segura yo contigo,
no en mis contrarios pienses:
¿hubo sin enemigo
poder ni amor jamás?

RECESV. Luego los tienes?... luego...

HERIB. Por Dios, no me interrumpas;
óyeme con sosiego.

RECESV. Dí.

HERIB. Libre de inquietud,
con risa halagadora
mirándome fortuna,
rayó mi doble aurora
de amor y juventud.
Mi corazon tu marca
desde la infancia lleva:
se le negue á un monarca
por consagrarle á tí.

RECESV. Oh dicha!

HERIB. El, recelando,

te proscribió sangriento:
con su sangriento bando
no te arrancó de aquí.

RECESV. Tú me infundiste brío
para moverle guerra:
tuyo es el triunfo mío,
y otros aguardo aún.

HERIB. En puesto yo subline,
tú noble oscuró entónces,
amarte tanto, dime,
es un amor común?

RECESV. Es solo el que saciara
mi sed de gloria ardiente.

HERIB. ¿Será exigencia rara
pedir mi galardón?

RECESV. Hermosa!.... considera
que á ser el premio justo,
mil vidas que tuviera
fueran mezuquino don.

HERIB. Nos alza y nos humilla
la suerte á su albedrío:
de mi dorada silla
bien puedo yo caer.

RECESV. Mis brazos en tu ayuda
se tienden amorosos.

HERIB. Ay! la princesa viuda
me dijo al fallecer:
«Dilata el ser esposa
del Príncipe años y años,
ó su funérea losa.
mi espectro moverá.»

RECESV. A voces sin sentido
quién dócil se somete?

HERIB. La tumba se ha movido,
su huéspedá saldrá!

RECESV. ¡Repara...

HERIB. Un bandolero
subleva la Vasconia:
vé y hágala tu acero
postrada obedecer.
Para que no peligrés,
vierte de sangre lagos,
ó tus vasallos tigres
la tuya han de beber.

Sin que ornén los dinteles
de este pretorio excelso
trofeos y laureles,
no me hables ya de amor.
Pero promete y jura
que si de ser tu esposa
quiere mi desventura
quitarme el dulce honor,
ó de otra compañera
te negarás la mano,
ó la que yo prefiera
solo la alcanzará.
Con tal ofrecimiento
mi amor tendrá su paga,
con él mi entendimiento
nubes ahuyentará.

RECESV. Ya de ese bien seguro,
me dejan tus razones:
cuanto me pides juro,
y amarte hasta morir.

HERIB. Siquiera mientras guarde
yo tu sortija.

RECESV. Guárdala
siempre.

HERIB. Si pudo, tarde
la he de restituir.

RECESV. Egilan. Vete. (Ap. Enfadoso
es este hombre en su teson.)

HERIB. (Aparte.)
Oír su conversión
me debe ser ventajoso.
(Váse.)

ESCENA VI.

EGILAN.— RECESVINTO.

RECESV. Y bien?

EGILAN. No vuelvo á insistir
en que á Gosvinda concedas
tu mano: tú me lo vedas,
y hay más en que discurrir.

RECESV. Duque...